

EDUCACIÓN MUSICAL DE LOS INDIOS AMERICANOS

Por C BAYLE, S. J.

QUIEN maneje cualquier historia ilustrada de América, de la América española en el tiempo y en el espacio, no podrá menos de admirar la esplendidez de sus Iglesias y Conventos, el arte, a veces afiligranado, a veces barroco, riquísimo, de sus portadas, la delicadeza de sus altares y púlpitos, las elegantes arquerías y artesonado de sus claustros, y no sólo en las ciudades y centros de vecindad española, sino en lugares, a veces aldeas, de indígenas puros. Los seis tomos de *Iglesias de Méjico*, publicados por los gobiernos revolucionarios de allá, son prueba evidente; que en menor escala cabe extender desde California a las Doctrinas guaraní, último mojón de las misiones estables. Estables hasta que la desatentada política de Carlos III las derrocó con la expulsión de los jesuitas. Hoy sólo aparecen gloriosas ruinas, por entre cuyos arcos y chapiteles asoma el ombú.

Los misioneros veían, por instinto, cómo sirve la belleza para llevar a Dios las almas infantiles de los neófitos, levantarlos de nivel social y cultural: los pueblos primitivos ganan en sensibilidad lo que pierden en discurso, y la fe, o los pródromos de la fe, les entran por los ojos y los oídos, por las artes plásticas, cuadros, imágenes, representaciones más o menos escénicas, aparatos del culto, músicas y bailes. Algunas de estas manifestaciones les eran familiares y gustosas en su gentilidad (a los medio civilizados: aztecas, mayos, quichuas); los

misioneros no trataron sino de cambiarles el rumbo. «La doctrina cristiana sea lo primero que se les dé escrito para bailar, y sabida y contada en el baile muchas veces, podrán darles otras cosas santas y devotas en su lengua para bailar; que con este título las aprenden más presto», prescribía a sus curas Fr. Francisco de Toral, primer Obispo de Yucatán. Otras, hubo que enseñárselas de raíz, porque en muchas partes, universalmente entre los bárbaros, que fueron los más, no tenían ni asomo. Y donde existían, se concentraban en estrechos círculos: Orfebrería (maravillosa, relativamente maravillosa, en Méjico y Perú), plumería, algo de cerámica y tejidos; de lo otro, nada. Y a los pocos años de asentadas las misiones, merced a las escuelas y talleres montados por los frailes para los indios, en todas partes surgieron menestrales y artistas y se acudió a la necesidad de Iglesias y casas, si no con las obras maestras de Rafael, Zurbarán o Ribera, con decoro y aun con primores.

El virrey Toledo dijo que para hacer cristianos a los indios primero había que hacerlos hombres. Hombres y muy hombres, la flor de la humanidad en virtudes ingenuas, como de niños, los sacaron. Y consiguientemente en la cultura. Con las Escuelas de leer y escribir, obligatorias en todos y efectivas en casi todos los pueblos, antes que la obligatoriedad se legislase o de hecho se estableciese en muchos lugares aún populosos de Francia, Alemania e Inglaterra; con los Colegios de caciques, para los escogidos; con las Universidades, cuyas puertas se les abrieron, desde el primer día, en igual pie que a los conquistadores, «donde los naturales y los hijos de españoles sean yndustriados en las cosas de nuestra sancta fee católica y en las demás facultades», dice la Real Cédula fundadora de la de Méjico, con los estudios clericales, en que entraron miles y llegaron algunos hasta la mitras.

Tema es éste que en otro trabajo desarrollé por extenso; basta aquí apuntarlo para legítima ufanía de propios y confusión de extraños, los zagueros en sostener la trasnochada y desmentida leyenda negra del oscurantismo español en sus po-

sesiones de Ultramar. De él sólo intento revisar un rincón: el referente a la música.

A Bernal Díaz del Castillo, el soldado cronista, ya viejo, aún le reteñían las orejas al recuerdo del atambor mejicano, «el más triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oyera a dos leguas, y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles y bocinas y silbos», con que celebraban los mejicanos el sacrificio de españoles. Así fué la música indígena en toda América, aparte de flautas y caramillos, también tristonos: son bronco para espantar y para mal concertar sus bailes guerreros.

Pero cuando los domingos, en la Iglesia de Guatemala, sentado autorizadamente entre los regidores, y mejor, cuando para solazarse visitaba su encomienda de Zacatepec, y entre los indios, pero cerca del altar, oía misa, otros sonos le henchían el alma de consuelo y los ojos de lágrimas, al comparar tiempos con tiempos y bárbaros con cristianos, salidos del propio metal: «Cantores de capilla, de voces bien concertadas, así tenores como tiples y contraltos y bajos, no hay falta, y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas y chirimías y sacabuches y dulzainas, pues trompetas altas y sordas no hay tantas en mi tierra, que en Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatimala; y es dar gracias a Dios y cosa muy de contemplación ver cómo los naturales ayudan a beneficiar una santa misa.» (*Verdadera Relación de la Conquista de Nueva España*, cap. 209.)

La música, en efecto, fué de los principales resortes para atraer a los gentiles mansos o bárbaros a oír la predicación. «Los religiosos que oyen sus confesiones nos lo dicen, que más que por las predicaciones se convierten por la música, y los vemos venir de partes remotas por la oír, y trabajan por la aprender», escribe al Rey el primer Obispo de Méjico, Zumárraga. Y tanto que, en el Paraguay, los jesuítas, para ganarse la voluntad de los salvajes, se iban por aquellos ríos tocando el violín o la bandurria, y las flechas se les caían de las manos a

los indios, que se les iban detrás como las fieras tras Orfeo. Llegó a mandarse en las leyes patriarcales o pastorales de la *Recopilación* que en las entradas en busca de infieles, «para causarles más admiración y atención, si pareciere cosa conveniente, podrán usar de música de cantores y ministriles, con que conmuevan a los indios a se juntar» (Lib. I. Ley 4). Servía para arrancarlos de los bosques y asentarlos en pueblos; tarea esta costosísima a los avezados al correr nómada tras la pesca y caza de venados, dantas, pecaris y hombres. Y para afianzarles en la vida sedentaria, en el amor al misionero, en el asistir al culto y prender la devoción por los oídos. Sin contar que, «cuando después de reducidas las familias, escoge el Padre misionero chicos para la Escuela y, los que dan muestra de habilidad, para la música; éste es un favor que ata últimamente a sus padres, y estiman y aprecian y hacen gala de que su hijo sea cantor como si le hubieran dado la mayor dignidad del mundo». (GUMILLA: *El Orinoco ilustrado*, parte I, cap. 8). «La mayor honra que se le puede hacer al hijo del Corregidor o del mayor Cacique es hacerle tiple.» (P. Cordiel.)

Estos frutos y esperanzas los dió la experiencia. Los comienzos brotaron como por instinto, aquel instinto que ante la obra gigantesca de evangelizar un mundo, sin que tanteos propios o extraños señalaran camino, porque en la cristiandad de entonces no había misiones, nació y se desarrolló vigoroso en los franciscanos arribados a Nueva España. Aun antes de saber la lengua y de poder iniciar la predicación, Fray Juan de Caro forma corro con los niños indígenas, que Cortés ordenó a los señores mejicanos les llevasen, y empieza a explicarles los puntos y notas, *en Castellano*, aclarado por la mímica, «y los muchachos estaban con la boca abierta mirándole y oyéndole, muy atentos a ver lo que quería decir». El fruto estimuló a los demás frailes, y a los pocos años los pueblos todos de Nueva España tenían escuela de música, junto a la de leer y escribir, de obligación impuesta de los superiores y del celo por la prosperidad espiritual y política de sus neófitos; repito que todos

los pueblos tenían escuela de música, de solfeo o canto, llano y de órgano, y de instrumentos, no de los conocidos allí antes de los importados de Europa. Vea, quien sintiere curiosidad, los testimonios que recogí en mi libro: *España y la Educación popular en América*, cap. IV-X; que confirman y extienden a todas las doctrinas de todos los frailes y de toda Nueva España y Guatemala el dicho de Grijalva: «En todos los pueblos hay Escuelas, que caen al patio de la Iglesia, donde se enseña a los niños a ayudar a misa, a leer, escribir, a cantar y tañer instrumentos músicos.» Hoy, en pleno siglo xx, ¿cabe decir otro tanto de todos los pueblos de la Península ni de las demás naciones del mundo? Pues eso lograron los frailes oscurantistas con niños recién sacados de la barbarie.

Tal afición se despertó en doctrineros y neófitos por el ansia de solemnizar fiestas, por la emulación de unos pueblos con otros que, en breve, la música fué tan de todas partes como la Iglesia y más que el cura. Quiero decir que, aun en pueblos de visita, o sea, donde no residía doctrinero, sino que acudía de vez en cuando, no faltaba el grupo de músicos: «No hay pueblo en Yucatán, por pequeño que sea, donde los oficios divinos no se solemnicen con canto de órgano y Capilla, formada como la música lo requiere.» (LÓPEZ DE COGOLLUDO.) «Ningún pueblecito hay de veinte indios donde no haya trompetas y varias flautas para officiar la misa.» (GRIJALVA.)

En el Colegio de Tlatelolco (Méjico), fundado y dirigido por el incomparable lego franciscano, Pedro de Gante, estuvo el plantel. De allí salieron músicos para enseñar a otros. Allí se copiaban papeles y aun libros corales para los religiosos, con maravillosa finura. Allá enviaban los doctrineros que no tenían habilidad niños dispuestos a aprender y ser luego maestros, y se pudo generalizar la escuela de música y multiplicar, más de lo conveniente, los músicos.

Porque a los indios, aniñados por índole, gustaba sobre manera el ruido de las trompetas y sacabuches; el estrépito, aun armónico, distraía la atención en la Iglesia. No había familia

que no aspirase a tener un hijo cantor, por gusto, por vanidad, por la adehala de ser exentos de tributos. Y el Concilio primero mejicano quiso cortar «el exceso grande que hay en nuestro arzobispado y provincia quanto a los instrumentos musicales de chirimías, flautas, viguelas de arco y trompetas y el grande número de cantores». Ciertamente, era grande: ciento veinte entre tañedores y cantores halló el Arzobispo Mantúfar, 1556, en el Convento de San Francisco; acaso por semillero de donde se surtían otros, acaso porque las voces poco robustas de los indios habían de multiplicarse, como escribe Motolinia. En fin, el Concilio trató de rebajar el abuso, y manda sustituya el órgano a los instrumentos estrepitosos y de cuerda, y se estile únicamente el canto llano. ¡A los treinta años de comenzada la evangelización y el culto, ya éste crecía tan lozano que requirió podadera! En lo de poner órganos y establecer el canto llano, los Padres del Concilio fueron obedecidos; en lo de suprimir los instrumentos no. No hay rúbricas más difíciles de cumplir que las referentes a los músicos.

Y adviértase lo que entonces suponía montar órganos y llevarlos de Europa, y se llevaron para todos los Conventos y para casi todas las Iglesias rurales. Los otros instrumentos allá se los fabricaban, que para copiar eran habilísimos los indígenas. Y órganos también se trazaron, por lo menos en las doctrinas de Mojos, donde los hacían para sí y para la Catedral de Santa Cruz de la Sierra.

Igual acaeció en todo el continente americano, donde pudieron asentar misioneros, y más y mejor quanto más salvaje era el medio en que se desenvolvían, por la razón de que allí, en la selva, solos con sus fieles o infieles catecúmenos, tenían las manos libres para organizar la vida religiosa y civil como mejor les cuadrase, sin las trabas que, principalmente donde rigió el servicio personal, ponían encomenderos codiciosos o justicias desaconsejadas. «Es para alabar a Dios, escribe el Padre Mimbela, oír ya en aquel sitio, poco antes habitado solamente de fieras, una tan concertada música de casi treinta cantores...

Y causa mayor admiración ver se halle esta destreza en unos niños tan montaraces y agrestes como los betoyes (tribu del Orinoco), sacados del monte como brutos. Buscó el Padre Gumilla, para este efecto, variedad de instrumentos de mucho valor, tanto de cuerdas como de chirimías, clarines, bajones, en cuyo manejo están ya bien diestros los indios.» «Algunos—dice de otra reducción, por allí, mismo, el P. Rivero—han salido bien diestros en la música del arpa, vihuela y chirimía.» «Tengo—avisa a su hermano el P. Manuel de Uriarte, desde Mainas—dieciséis niños en casa que aprenden... algunos arpa y violín.»

Los agustinos llevaron al Perú la experiencia de Méjico: Fr. Antonio Lozano, «gran Padre de esta gentilidad..., asentó en los pueblos que convertía grandes policías cristianos: él asentó el canto de órgano y coros en los indios, y lo subió tanto, que con vigolones, chirimías y flautas y órganos se oficiaban los oficios divinos». (FR. JERÓNIMO ROMÁN: *Crónica de la Orden de los Ermitaños de... San Agustín*, fol. 125.) Gracias a Fray Juan de San Pedro en su doctrina de Guamacucho, «llegaron a oficiarse las misas y oficios divinos con excelente música y con instrumentos de órgano, chirimías, arpas, vigolones, siendo en las flautas menos diestros los indios que en nuestros instrumentos españoles». (CALANCH: *Crónica moralizada...*, lib. III, cap. 14; lib. IV, cap. 3, 21.) De los franciscanos, también en el Perú testifica Fray Diego de Córdoba: «No es menos prueba de esto la suntuosidad y grandeza con que nuestros religiosos les han trazado y edificado sus templos..., los órganos, trompetas, cornetas y otros menestriles que sirven en las iglesias..., y de la misma manera en la música de canto de órgano con que Dios es alabado, que muchas catedrales no les llegan.» (*Crónica de la... Provincia de los Doce Apóstoles*, lib. II, cap. 7.)

Del Río de la Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay) se puede asegurar que la única música en la época española procedía de las misiones. La inquina de cierto Gobernador contra los jesuítas nació de que, para celebrar el nacimiento del Príncipe de Asturias, organizó un baile, y pidió al Colegio su mú-

sica, por no haber otra, y le respondieron que su música era de la iglesia y sólo para la iglesia.

En las célebres Reducciones llegó a lo último: no creo haya sido superado en ninguna provincia (y aquélla, territorialmente, equivalía a un reino); no creo que en treinta pueblos seguidos, sin corte de continuidad, se haya dado nunca ni se dé ahora tal perfección y abundancia de músicas y cantores: «En todas las misas de cada día siempre están tocando y cantando los músicos, desde el principio hasta el fin, con sumo silencio y veneración. Al principio hasta el Evangelio tocan órganos, chirimías, arpas y violines: desde el Evangelio hasta la Consagración cantan algún salmo de las vísperas, con todos los instrumentos juntos. Después cantan algún motete en latín o castellano y tal cual vez en su idioma, o algún himno, variando cada día las letras, y si sobra tiempo, hasta el fin, vuelven a tañer los instrumentos. Este divino culto se usa todos los días... En todos los pueblos hay treinta o cuarenta músicos.» (CARDIEL.)

A las Reducciones enviaban los jesuitas desde las ciudades los niños —negros, generalmente—, que habían de cantar y tañer en sus Iglesias, para que aprendiesen. «Usan todo género de instrumentos: órganos, bajones, cornetas, chirimías, espinetas, liras, arpas, violines y violones, y en algunos, danzas, guitarras, cítaras, bandolas y bandurrias.» Del Padre Cardiel son estos párrafos. Y concluye: «Yo he atravesado toda España, y en pocas Catedrales he oído músicas mejores.» (*Declaración de la Verdad*, pág. 280...)

Esta frase desengañará a los que imaginan la música de los indios estrépito acompasado, lo bastante para alborozar la chiquillería, aun con canas, de los bárbaros, no hechos a finuras. Naturalmente, se encontraba de todo; según el tesón y maña del misionero, que la orquesta más de cámara se convierte en behetría, si no se impone la austera batuta y los ensayos se descuidan. Pero en la reglamentación casi monacal de las Doctrinas, la hora u horas de música para tañedores y cantores se urgía como la del catecismo y la del trabajo. Y en la

calidad artística de las piezas, nos dice Cardiel: «Los papeles de variedad de composiciones de Misas, Vísperas (hay Vísperas solemnes en todas las festividades de precepto), himnos, motetes, villancicos, etc., son muy buenos, traídos de las músicas célebres de España, Italia y Alemania.» Y no fué singular del Paraguay el gusto delicado: arriba oímos a Fray Diego de Córdoba «que muchas Catedrales no les llegan» a los pueblos administrados por su Orden franciscana. El agustino Basalenque nos testifica: «la capilla de Tiripetío en esta tierra es como la de Toledo en España». (*Historia de la Prov. de S. Nicolás de Talentino de Michoacán*, lib. VII, cap. 4.)

Aun en el atuendo de los cantores quisieron remediar los capisayos catedralicios. ¡Lo que gozaban los pobres indios, mal arreados con una manta raída al hombro y los pies descalzos, cuando veían a sus hijos cantores, que «cada uno tenía una opa de grana fina y su sobrepelliz de lienzo muy limpia; de modo que vellos en su coro era ver un coro de ilustres prebendados en el traje: que en la ciencia y arte de la música no hubo españoles más diestros ni más hábiles!» «Todo esto procedía del cuidado que había en las escuelas, donde, habían de asistir dos horas por la mañana, después de misa cantada.» (BASALENQUE.) Y el franciscano López Cogolludo, de Yucatán: «Cosa cierta digna de ponderación, siendo esta gente temida por bárbara y rusticísima, pues si volvemos la consideración a los lugares de nuestra España, hallaremos que solamente las Iglesias de cuantiosas rentas tienen lo referido; y las de esta tierra, sin tener algunas, están servidas con tanta decencia y ornato.» (*Historia del Yucatán*, lib. IV, cap. 18.) Como que de las doctrinas se llevaron más de una vez organistas para las Catedrales de Méjico, Valladolid (Michoacán) y Quito. A los indios cantores del Cercado (Lima) los alquilaban para las solemnidades más espléndidas de la Iglesia Metropolitana: en la de Guatemala, su primer Obispo Marroquín lloraba de ternura viendo la fiesta del Corpus servida y cantada por los que él

conoció bárbaros, y el celo de los Padres de la Merced trocó en artistas devotos.

En resumen: Que en el sector artístico de la música entre los indígenas americanos no sufre comparación, por estar muy encima con la de ningún otro pueblo.

Y no se olvide que esa obra cultural la realizó España, como tantas otras, por mano de sus Religiosos.